

“Venezuela, Política y Petróleo”

Prof. Luís Ricardo Dávila

Prof. De Pregrado y Postgrado de la Universidad
de Los Andes

El título de esta ponencia corresponde a la obra magna de Rómulo Betancourt escrita durante un largo y accidentado período de más de dos décadas, finalmente publicada en 1956 por el Fondo de Cultura Económica de México. De manera que el próximo año 2006 estaremos celebrando el medio siglo de su primera publicación. Cincuenta años más tarde nada habría que quitarle, acaso muy poco habría que añadirle, a esta ecuación construida por uno de los políticos más importantes de nuestra historia republicana democrática. De manera de revivir el debate al respecto, en las páginas que siguen se presenta un panorama general de algunos rasgos que acompañan el proceso histórico de la sociedad venezolana contemporánea, bajo un doble propósito: primero, se intentan demarcar cuáles son los grandes rieles por donde ha andado este proceso; y, segundo, importa establecer puntos focales de referencia que le den raíz y rostro al sistema imperante, desde lo político, lo económico y lo social a la actual sociedad.

En lo que sigue no pretendo emular, mucho menos parafrasear, sus páginas. Es mi intención, retomar la trama política nacional a partir del examen del triángulo: POPULISMO-PETRÓLEO-ESTADO, de manera de dar cuenta de cómo ha evolucionado la sociedad venezolana al menos en los últimos sesenta años. Escapa, entonces, mi propósito los objetivos de los organizadores del Taller de *“analizar la incidencia que los programas de gestión y desarrollo económico establecidos en los últimos años de gobierno, han tenido en la estabilidad de*

nuestro sistema democrático”, tal como reza la invitación a participar en el evento.

Pero, tampoco mis intenciones son ajenas a este objetivo en la medida en que lo que trato es de establecer los fundamentos de nuestro sistema democrático dominado, repito, por la ecuación: política y petróleo.

I.- EN EL PRINCIPIO FUE EL PETRÓLEO

Si la Independencia de España creó las condiciones que posibilitarían la creación de la nación venezolana, para su consolidación aún faltaba por recorrer un largo trecho. La distancia la marcaría más bien un accidente de la madre naturaleza: la aparición, en un mundo ávido de fuentes de energía, de la súbita y grandiosa riqueza petrolera. Pero el accidente, el *“azar geológico”*, pronto dejaría de ser tal para convertirse en sustancia. En fecha tan temprana como 1913, el entonces Ministro de Fomento se refería en términos halagadores a aquello que aún estaba en ciernes:

“No vacilo en anticiparos la plausible noticia de que en breves días podremos contar con una nueva fuente de producción rentística que no tardará en ser la de mayor importancia”

Y continuaba sus palabras con términos que no podrían ser más premonitorios de lo que esperaba a la nación venezolana:

“El petróleo, ese codiciado combustible que las condiciones del progreso industrial hacen ya indispensable, ha dejado de ser tesoro escondido en las entrañas de la tierra venezolana”

El negro mineral (“mene”) dejaba de ser sustancia misteriosa, sacarlo de las entrañas del suelo patrio era sólo una de las actividades que seguiría a tan inusual y grata noticia. Algo más habría de derivarse: poner la nueva riqueza en sintonía con el interés nacional. Y esta sería alta prioridad del Estado gomecista. Con ello se generarían las condiciones óptimas para articular el país al sistema capitalista mundial y, en consecuencia, modernizar su economía y su sistema de producción. Los signos colectivos se moverían del agro al petróleo. Al moverse estos signos, se moverían también las representaciones sociales y, junto a ellas, el lenguaje. La adopción de nuevos términos en un lenguaje, sobre todo si este es oficial, si se gesta y proviene del poder, presagia nuevas formas de vida.

El petróleo revienta en las riberas del Lago de Maracaibo, en la región del Zulia, con profecías de abundancia. Muy pronto, en 1926, el nuevo mineral desplazaría por vez primera al que hasta aquel momento había sido el principal producto de exportación y, por ende, generador de riqueza: el café. Además, y lo que es más importante, aquella cultura legítimamente agraria, con cuatro siglos de historia, comienza a impregnarse de otra cultura que no tardará mucho en justificarse ante la mirada y las actitudes del hombre venezolano. La explotación petrolera, la riqueza y cultura consecuentes desencadenan en el país rápidos procesos institucionales, sociales y mentales, a saber: La preeminencia del Estado, propietario de los recursos generados por el petróleo, en tanto fuerza privilegiada para impulsar la vida del país; el desencadenamiento de rápidos procesos de movilidad social y de urbanización; y ciertas actitudes éticas en relación al trabajo, al mercado de trabajo y la generación de riqueza.

Lo político que excede lo económico y social

Lo anterior viene a cuento para insistir en que al ritmo de la explotación petrolera algo comenzaba a gestarse, ahora ya no tanto en las entrañas de la tierra venezolana como en sus estructuras colectivas. El petróleo (junto a la condición petrolera que acarrea consigo) serviría de fundador de una nueva racionalidad social, de la cual apenas aparecían los primeros destellos. ¿Qué idea de lo imaginario, qué idea de los mitos, de las leyendas, de los cambios, de las utopías traía consigo la transformación de Venezuela en país petrolero? ¿Cómo contribuiría el petróleo a aquella inalcanzable unidad nacional, cómo en relación a la formación de las identidades colectivas? El imaginario del petróleo actuaría, en consecuencia, como un esquema organizador cuya materia cambiaría, pero permaneciendo algunos de sus contornos. Modernidad y progreso serían algunos de los signos más notables que caracterizarían el porvenir petrolero venezolano. Sólo que, *“la modernidad petrolera se constituyó en la gran excusa para evitar examinar los defectos del pasado y en consecuencia tomar conciencia de los vicios que, al amparo de lo nacional, allí se fortalecían”*

Estas consideraciones no agotan el problema de la incorporación del petróleo en la vida nacional. Si bien la lista de quienes se han esforzado por pensar el fenómeno es extensa, persisten ciertos intersticios vírgenes por donde la inteligencia nacional se ha metido poco (o no ha querido meterse mucho) acaso por razones axiológicas y que corresponden a importantes aspectos antropológicos del fenómeno. La interrogante, con visos de paradoja, fue planteada por Enrique Bernardo Núñez, en fecha tan temprana como octubre de 1941: *“Todavía hoy poco se sabe en Venezuela acerca de esta industria. Los ‘intelectuales’ demuestran escaso interés por ella. Prefieren apartar los ojos de tales materias. En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo”*

Y desde entonces, persiste el “escaso interés” y la “vaguedad”; y desde entonces, políticos, economistas, críticos literarios, ensayistas, polemistas, juristas y pensadores han insistido del lado de las interrogantes para no inclinarse más bien por el silencio. Otro ejemplo más reciente despeja el camino. Ante una encuesta llevada a cabo en 1977, entre algunos intelectuales caraqueños, sobre la novela, el ensayo, la poesía y los testimonios del petróleo, las respuestas mantuvieron un cimiento común: *“Sabemos que el petróleo está allí, como parte sustancial de esa realidad; y como estamos seguros que todo el mundo lo sabe optamos por no mencionar lo obvio”* (Gustavo L. Carrera). Hubo opiniones que interrogaban y respondían con cierta aspereza: *“¿Dónde está la literatura del petróleo? En una literatura donde el petróleo es consecuencia y no tema. En la alienación, el nuevo riquismo, el consumismo, en la agonía de una cultura modificada, que experimenta el artificio de unos valores recientes”* (Orlando Araujo). La alusión a las consecuencias no se hicieron esperar: *“La literatura y el arte se vieron también compulsionados por la transformación violenta de Venezuela, de país agropecuario en país petrolero, y les costó trabajo ponerse al día”* (Juan Liscano). Lo imaginativo e irónico no podían faltar: *“¿Qué tiene todo esto que ver con la novela petrolera en Venezuela?, pregunta usted, muy atinadamente. Y es aquí donde (tr) avieso, me lanzo por el tobogán de la especulación [...] Los petroleros, vaya eso por delante, somos ellos y nosotros. No se haga el loco: usted sabe quienes son ‘ellos’”* (Ibsen Martínez)

Con estas consideraciones puestas por delante, interesa, entonces, describir la articulación de lo estatal, de lo nacional, de lo político y lo social al sistema de cambios e intercambios que la condición petrolera conforma entre nosotros y cuya duración se ha extendido por largas décadas que comienzan a rayar el siglo. Así no sólo queda inalterada la fórmula betancouriana, sino que se le amplía para problematizar sus implicaciones en la Venezuela de nuestros eufóricos días.

II.- EL ESTADO RENTISTA

Podría decirse para comenzar que el Estado y la sociedad, en la lógica de la modernidad, se precisan entre sí. Y hay más: se precisan con un grado de recíproca necesidad como ningún tiempo previo lo atestigua. Esta es una realidad de partida que ni la ciencia de la política ni ningún análisis del Estado pueden ignorar.

El problema se refiere, en consecuencia, al tipo de preeminencia que existe entre el Estado y la sociedad, o entre el Estado y la política. O, en términos más plásticos, la preeminencia que la política ocupa sobre los diferentes ámbitos de la vida social. Rastrear este problema implica seguirle la huella a la práctica histórica. Lo que no debe entenderse como si se estuviese postulando una jerarquía de otra índole. Más bien mis argumentos andan por otros lados. Uno de ellos se puede expresar así: dada la similitud de posiciones entre la política y la economía, de su recíproco necesitarse, de su codependencia, se puede precisar una cierta bidireccionalidad que depende de las circunstancias históricas.

Los antecedentes del estado venezolano

1- La pobreza material del Estado, S XIX

Cuando Venezuela nace a su vida independiente, el Estado se presenta en condiciones de extrema precariedad política y social. Fueron años pavorosos, de disolución y terror. Un testimonio de un espectador privilegiado por allá por 1825 nos señala: *“... ruina, desolación y falta de cualquier cosa que pudiera llamarse comodidad o esperanzas de vida social al entrar más en contacto con sus destrozados restos”*

Con la Constitución de 1830, aún cuando fuera en la formalidad del derecho político republicano, establece sin duda una marca. Hay un Estado republicano que define lo político y lo social. Luego vendría lo concerniente a las definiciones del tema de la dependencia material del Estado, de la adecuación del Estado a los arreglos

políticos y sociales de su tiempo. Lo cierto es que en Venezuela el Estado y lo político nacen con un carácter heterónomo, valga decir, dependiente de la práctica social que hará posible su influencia en la vida material de la llamada sociedad civil.

El Estado, en cuanto agente supremo del orden social, nace en Venezuela un tanto caótico. Pero hay más, se observa un Estado carente de los medios propios, carente de una base material, que pudiese modelar el proceso material de la sociedad. Su preeminencia será, en consecuencia, de otra índole: de índole política. En este Estado del siglo XIX venezolano, lo sustantivo es su pobreza material.

2.- El Estado rentista y autónomo

Ya para 1920, esta situación va experimentar un giro dramático. Con el advenimiento de la industria petrolera, donde la propiedad del recurso material pertenece de suyo al Estado, se comienza a tejer la autonomía económica del Estado. Ya para 1938, menos de dos décadas después, podría decirse: *“Hoy, el Estado venezolano... es el centro de toda la economía nacional... El hecho es que el Estado interviene y está interviniendo en nuestra vida económica, porque nuestra vida económica no es sino un reflejo de la riqueza del Estado”*, así hablaba enérgicamente Arturo Uslar Pietri en 1938. Para añadir algo que resultó ser el centro de nuestro drama nacional en los años por venir: *“La riqueza del Estado y nuestra economía toda dependen hoy, en proporción formidable, del petróleo”*.

Como era de esperarse esta autonomía económica del Estado pronto tendrá sus bemoles políticos. En 1939, Betancourt, acaso el primero, a la hora de esbozar su inventario del proceso político venezolano y dar asidero a su organización política de aquel momento: El Partido Democrático Nacional (“ilegal”), presenta un exhaustivo análisis de la realidad económico-social venezolana. Allí no podía faltar el pensamiento dirigido al Estado y, en

particular, el papel que este cumpliría en el seno del proceso desarrollado por las llamadas “fuerzas democráticas nacionales”. *“No tiene un simple interés académico este análisis del rol que juega el Estado en la vida nacional. De él se deduce necesariamente la idea de que el Estado está más capacitado en Venezuela que en otros países de América para ejercer, aún antes de que una transformación profunda de tipo democrático se opere en su estructura, una influencia determinante en la vida de la Nación”*

Sin embargo, como resultado de un singular proceso histórico, con carácter algo fortuito, en el origen de este poder representado como autonomía financiera del Estado no se halla el impulso de las fuerzas productivas nacionales, sino el carácter de propietario del subsuelo donde yacen los recursos naturales. Aquel Estado misérrimo del siglo XIX, se convertía al son de los taladros petroleros en un opulento agente económico. *“El petróleo no es —dirá Uslar con acento trágico— ni una cosecha ni una renta, sino el consumo continuo de un capital depositado por la naturaleza en el subsuelo... Ese término de la riqueza petrolera, de la que estamos viviendo, es la más trágica interrogación que surge en el panorama de nuestro futuro económico y social”*

Pero las consecuencias políticas eran más interesantes que las influencias éticas a las que podría conllevar semejante condición económica y social, la condición rentista. En esto ponía su acento Betancourt, *“El Estado venezolano por su especial potencialidad económica, está capacitado, como pocos de América Latina, para adoptar posturas polémicas frente a los sectores sociales de los cuales es la expresión política, si las fuerzas populares actúan con resolución y cautela a un mismo tiempo”*

3.- La naturaleza del Estado rentista

En el origen de la renta petrolera está la correlación de fuerzas con el capital internacional. En el destino de esta renta están las posturas del

Estado frente a las fuerzas políticas y sociales que él mismo representa. La lógica histórica que define este destino se debate entre dos tendencias: Siembra del petróleo vs. Distribución y consumo de la renta petrolera.

4.- Las paradojas de la condición petrolera

Esta lógica mostrará sus contradicciones más elocuentes, las cuales aún pululan en el seno de la sociedad venezolana: Estado rico, sociedad pobre. La postura de Betancourt durante los años 1945-1948, en su primera experiencia en el poder, mantenida luego en 1958 será: **empobrecer el Estado, para enriquecer la sociedad**. Otro líder político de los fundadores de la democracia venezolana, Rafael Caldera, sostendrá otra postura de la mayor importancia: **dominar el petróleo (1956)**. Y como para mostrar que las líneas de acción poco variaban en contenido, si bien lo hacían en la forma, se tratase de dictadura o democracia, presentemos, finalmente, la postura de Pérez Jiménez: **recolectar del petróleo (1956)**.

5- La lógica del populismo rentista

La nueva condición de la sociedad no tardaría en traer nuevas lógicas de acción y nuevos procesos, al igual que nuevos actores políticos y sociales. La palabra de los viejos intelectuales del entre siglo así lo presagiaban. Por ejemplo, César Zumeta ya en el ocaso señalaba: *“La aparición del petróleo provocará el desplazamiento de los caudillos campesinos e ignaros para encumbrar un nuevo tipo de líder”*. Abría el escritor la posibilidad de que este fuese dotado para enfrentar las grandes necesidades: *“...resolver los problemas ancestrales, poblando el desierto, abriendo caminos, regando las tierras y fundando ciudades...”* Obsérvese que los problemas son los de siempre. Se han ido enfrentando con una particular lógica, pero siempre persisten.

Los cuantiosos ingresos que aprovisionan las arcas del Estado, ya se ha dicho y no estará de

más reiterarlo, tienen el carácter de una renta que capta del mercado mundial con cargo a su condición de terrateniente. De manera que su sostén material no guarda relación con el desempeño de la economía nacional, lo cual le permite un grado de independencia respecto de la sociedad sin mayores paralelos.

Pero a las particulares circunstancias económicas de Venezuela habría que añadirle algo más: Cuando aparece el petróleo el desarrollo social del Estado era muy débil. Esto abona el terreno al discurso nacional popular. En semejantes condiciones, la emergencia del petróleo va a permitirle a quienes controlen el Estado una posición muy privilegiada, tal como ya lo había previsto Betancourt antes de su llegada al poder. De manera que el poder político que es consustancial al Estado, más la novedad de un poder económico autónomo dará el signo de esta estructura privilegiada: no se trata sólo de su independencia de la sociedad, sino la subordinación de la sociedad. El Estado puede asumir, y en efecto así lo ha hecho, lo hace y lo seguirá haciendo, el papel de gran dispensador de recursos materiales. En tal sentido, distribuye más que redistribuye, otorga y reparte sin contrapartida alguna como lo sea los criterios políticos. Esto le asegura una preeminencia que nos se apoya únicamente en poder político, ni tampoco en la fuerza bruta, ni mucho menos en la hegemonía de la violencia abierta.

Esta preeminencia, dada por la autonomía económica del Estado, impide además y de manera decisiva la existencia de ciudadanos por el hecho de que sobre sus hombros no se apoya la vida material del Estado. Esta lógica exige la existencia de meros clientes que reciben en la medida en que apoyan el poder. Suerte de vasallaje y dominio que ha llegado en nuestros días al paroxismo revolucionario, y cuyo franco anacronismo es difícil de ocultar.

Hemos querido, entonces, presentar, en el marco de este Taller, los más vivos impulsos



nacidos del fondo de nuestra particular condición histórica. Impulsos donde se inscribirán todos los programas de gestión y de desarrollo económico establecidos en los últimos años, donde las variables política y petróleo continúan siendo signos vitales de la cuestión venezolana.